

# Ovillo de lana

*ISBN #: 978-0-244-36119-8*

*©Roberto Rumiz. Todos los derechos reservados.*

En un rincón de esa habitación soleada y espaciosa, encima de ese sofá mullido de color marrón ladrillo, todo enrollado como un ovillo de lana, había un gato. Un gato de color amarillo anaranjado con unos ojos marrones con expresión de «que sueño tengo». Claro, estaba siempre dormido, y cuando no estaba dormido estaba comiendo. Y como comía. No comía lasaña como el gato de la tele, pero era bastante parecido, creo que todavía era más gordo. Se pasaba, como ya dije, casi todo el día durmiendo, pero cuando su dueño lo llamaba, parecía que un shock eléctrico lo despertaba de su letargo y como un rayo, a pesar de su excesivo peso, llegaba a donde estaba el plato de comida en un visto o no visto. Sami era mezcla de angora y persa, con los pelos que parecían electrificados, o que tenían electricidad estática. Su dueño era Peter, un viejecito simpático que era abuelo de Nicol y Roger, los nietos más adorables que alguien puede tener, ellos le habían regalado a Sami, para que no pasara solo los días o los momentos que ellos no estaban con él.

Peter era un hombre que después de una guerra y una inmigración, había formado una familia y con el esfuerzo de su trabajo y dedicación se había jubilado. Ahora vivía en su piso del centro con su gato Sami. Todo estaba bien, cada día era rutina y más rutina, despertarse, darle la comida a Sami pasear por el parque que había frente al piso, venir del paseo y darle de comer a Sami «porque siempre tenía hambre, y mucha», almorzar, dormir la siesta a veces con Sami acompañándolo y otras solo, despertarse, tomar un café, la caminata de la tarde también en el parque y a veces al supermercado, sin faltarle la compra para

Sami que siempre tenía algo nuevo para degustar. Al llegar a casa preparar la cena, generalmente algo liviano, luego un poco de televisión y a la cama, también en ocasiones con Sami. Pero un día todo eso cambiaría.

Era verano y su hijo, junto con sus nietos Nicol y Roger, se iban a ir de vacaciones y lo invitaron a ir con ellos, pero al no poder llevar a Sami y como tampoco podía dejárselo a nadie, decidió no ir y quedarse con el gato. El verano era bastante caluroso y ya no sabía qué hacer. Había días que el calor no se aguantaba, teniéndose que duchar varias veces al día para estar fresco, y el pobre Sami con ese pelo al mirarlo daba calor, pero él parecía estaba bien, sólo tomaba mucha agua y estaba todo el tiempo con la lengua afuera, bueno así dicen que transpiran los animales.

Un día por la tarde, haciendo casi treinta y cinco grados, pero con una sensación térmica de cuarenta, no sabían dónde ponerse, ni él ni Sami, pero su corazón ya no era el mismo que a los veinte, ni a los treinta, ni siquiera como a los cuarenta.

Todo empezó por un dolor en el brazo izquierdo, un dolor punzante que rápido se trasladó al pecho, las piernas no le aguantaban en pie y se empezó a desplomar hasta quedarse sentado en el suelo. Quiso estirarse para tocar el botón rojo que tenía la base del teléfono para avisar al que fuera que viniese en su ayuda. El problema era que el dolor cada vez era más fuerte y notaba a cada intento de llegar al teléfono, que cada vez estaba más lejos, hasta que el desmayo le ganó de mano. Bueno, el

desmayo que al no venir nadie se transformó en un sueño de Morfeo. En un par de minutos ya no respiraba y el paro cardio respiratorio ya era un hecho. Paso toda la tarde y Sami se despertaba de su lado y lo recorría oliéndolo y refregándose, como hacen los gatos, si tener respuesta. Se dirigió a la comida que tenía en la cocina y su platito estaba vacío, volvió a donde estaba Peter y empezó a llamarlo, maullando y con su patita, pero no tenía respuesta, se acurrucó a su lado y se durmió de nuevo.

Al despertarse, al parecer con más hambre, ya era de noche y Peter estaba todavía tirado en el suelo. Miró por la ventana y estaba abierta, subió al marco y miró hacia afuera. Estaba muy alto y aunque los gatos caían de pie, no creo que quisiera tirarse de un quinto piso, y si lo hacía, ¿cómo volvería a subir? ¿Y para qué querría volver?

Volvió al suelo y empezó a recorrer la casa, pero todas las puertas estaban cerradas. Sólo la ventana estaba abierta, que por cierto entraba una brisa que ayudaba a que el piso se refrescara un poco y así estar más agradable. Se quedó al lado de Peter, sentado como una estatua, y sólo se movió para limpiarse la cara. Después de un rato se acostó y otra vez se quedó dormido. A la mañana siguiente el sol ya entraba por la ventana, y después de dar un par de vueltas alrededor de Peter se fue de nuevo para la cocina, y el plato seguía vacío como el día anterior. El hambre ya le estaba por afectar como alguien que tiene el mono de la droga. Mirando hacia todos lados, fijó la vista en los estantes como si

podiera abrirlos con la mente pero no lo logró, quiso subirse a la mesada para llegar a los estantes, dónde sabía que estaba la comida, pero al saltar unas cuantas veces lo único que logró fue patinarse y caerse al suelo. Después de intentarlo varias veces se enganchó de unos de los armarios y lo abrió, pero quedó pegado con las uñas de una pata al tirador de la puerta. La puerta se empezó a abrir moviéndose con él, dejándolo suspendido en el aire. Al abrirse logró ver que en ese estante estaba su comida, la comida que le había comprado Peter, pero al querer agarrarla perdió el agarre en su única pata que estaba enganchada y se cayó. Al caerse y en el momento de tocar el suelo escuchó la puerta del armario que se cerraba de nuevo, perdiendo todas las esperanzas de comer. Se quedó sentado debajo del armario contemplando el mueble, o tal vez pensando en una nueva estrategia que lo llevaría a su comida. Miró al salón y vio a Peter tirado en el suelo y el sol que entraba por la ventana, cada vez estaba más encima de su dueño y esto iba a ser malo muy malo.

También tenía sed y tenía que tomar agua. El recipiente del agua estaba medio vacío. Se fue caminando con la parsimonia de los gatos y se tomó toda el agua que quedaba. La pregunta ahora era: ¿Cómo conseguir comida y agua? Miró al estante de nuevo y se fue de nuevo al salón. En el salón el sol ya estaba encima de Peter, y se notaba en la piel de la cara que ya empezaba a quemarle. Los pómulos los tenía rojos, los labios los tenía secos y cuarteados, sus dedos estaban como recogidos y duros. Ya habían pasado más de veinticuatro horas y nadie había venido. Estaba con unos pantaloncitos o un bañador, por el calor, y

parecía que estaban mojados. Justo en el ataque y al caerse, se le había aflojado los músculos y al tener la vejiga llena de tanto líquido que tomaba, se tuvo que liberar. El olor a orina era prominente y la descomposición seguía su curso, todavía no era visible, pero con el calor no se iba a hacer esperar.

Desde la playa sus nietos jugaban haciendo un castillo de arena, y con los coches de Roger y las muñecas de Nicol estaban montando una historia en la que solo faltaba el dragón. Robert, el hijo de Peter, decidió llamarlo para ver como andaba y tal vez ponerle un poco a hablar con los nietos, para que se dé cuenta de lo que se lo había perdido por cuidar del gato. Pero al no atender pensó que había ido a tomar un helado o al súper. Lo llamaría después. Lo que no se suponía, era que el que se estaba poniendo frío, era su padre.

En el piso de Peter todo seguía igual, menos Sami que cada vez tenía más hambre y ya se estaba poniendo intranquilo. La noche caía de nuevo y Sami ya llevaba cuarenta y ocho horas sin comer ni tomar casi nada de líquido. Empezaba a afilarse las uñas con la puerta. ¿O estaba intentando salir? Se fue para el baño y la puerta estaba abierta. Entró y se subió al wáter, se agachó para tomar el agua que había quedado en la superficie, y pasó lo inevitable. Con un patinón que no pudo evitar se cayó tocando el agua. Dio un salto como si hubiera tocado ácido, enganchándose de la cortina de la ducha y con el mismo peso fue bajando, dejando la cortina como una falda hawaiana. Quedó hecho un asco y por lo menos se había refrescado, pero todavía

tenía hambre. Al salir del baño como después de ducharse, se fue para donde estaba Peter y se puso a su lado. Lo miraba, parecía que lo estudiara. Se acercó a su cara y le pasó la lengua de lija que tienen los gatos por la nariz, un par de veces. Parecía que se estaba despidiendo de él. Luego se acostó a su lado y se quedó dormido. Esa noche se despertó sobresaltado, invadido por el hambre que ya hacía que sus tripas empezaran a pedir comida. Comida que no había por ningún lado. Peter tenía los brazos de los recogidos casi tocándose el pecho, y antes de que le agarrara el infarto estaba merendando y tomando unas tostadas. Tostadas que habían dejado un poco de dulce en los dedos. Sami olió la mantequilla y mermelada de melocotón, y al tener sus dedos cerca los empezó a lamer. Los dedos estaban duros pero el dulce estaba fresco y con la mantequilla estaba más untuoso. Al terminar de limpiar los dedos ya no quedaba nada, sólo la piel salada de los dedos desnudos. Inconscientemente o consiente por el hambre, siguió masticando los dedos ya duros, pero apetecibles o eso parecía cuando los mordisquitos se transformaron en mordiscos y los mordiscos en tirones para desgarrar la piel dura. Siguió mordiendo y tirando hasta llegar al hueso. Eran los dedos índice y mayor. Luego con un movimiento brusco de cabeza se escuchó un crujido y algo que se despegaba. Masticó, masticó hasta que desapareció. Al terminar tragó dos veces, pareciendo que se ahogaba y luego atacó el anular. Cuando terminó empezó a lamer los muñones de los dedos que por ellos salía sangre como una fuente. Se separó de Peter, subió al sillón, empezó a limpiarse la boca, con la patita y su lengua. Se pasó dos veces la pata por toda la cabeza y se acomodó dando

dos vueltas al cojín del sillón quedándose dormido. Durmió toda la noche y se despertó cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana. Peter ya empezaba a descomponerse y los olores empezaban a ser más intensos.

Se bajó del sillón y se estiró todo el cuerpo, luego miró a la ventana, giró la cabeza mirando a la cocina, giró la cabeza de nuevo y se dirigió a donde estaba Peter. Parecía que quería desayunar y el menú del otro día le había gustado. Se dirigió a las manos que ya las moscas empezaban a llegar y reunirse en una colectividad bastante numerosa, miró más arriba hasta llegar a la cabeza y oler toda su cara. Como catando los infinitos manjares que la vida le había conseguido dio su primer mordisco a los labios, parecían carnosos y jugosos. Al morder tuvo que retroceder porque la sangre que emanaba de los labios era tanta que se manchó todas las patas, teniendo que retroceder para después de un instante atacarlos con más frenesí. Mordió y tironeó tanto, que al terminar la expresión de Peter era como si se estuviera riéndose de la situación. Los labios de abajo habían desaparecido y sus dientes postizos relucían como perlas manchadas de fresa. El labio de arriba no terminó de comérselo y la expresión quedó más grotesca. Más que una sonrisa ya parecía un tic muy macabro.

En un momento Sami se sorprendió y al mirar hacia la puerta sonó el timbre de la entrada golpeando la puerta a la vez. Era el cartero que venía a entregar una carta certificada que nunca le firmarían. Al escuchar eso Sami se dirigió a la puerta y

casi gritando se fue patinando por la sangre de las patas, dejando sus huellas en el parque, pensando que venían a rescatarlo. El cartero lo escuchó y le preguntó por su dueño como si le fuera a contestar. Al llamar otra vez luego de un rato, desistió de la operación y dejando un comprobante se fue. Sami se quedó sentado un rato, mirando a la puerta con esa expresión de lastima y pena, pero con la boca y los bigotes goteando la sangre de Peter. Después de un momento se giró y vio un pájaro que estaba posado en el marco de la ventana. El pájaro parecía cansado, seguro de un gran vuelo y el calor no ayudaba. Sami se relamió los pequeños labios manchados de sangre haciendo caer una gota en el suelo de ese parqué marrón claro. Agazapándose se fue acercando, como en esos documentales en que el león se acerca cauto a su presa. Cuando estuviera lo suficiente cerca se lanzaría para atrapar al infortunado transeúnte que descansaba o se refrescaba en el lago. En este caso el transeúnte cansado era el pájaro que mirando hacia fuera de la ventana no sabía el futuro que le esperaba. Al acercarse Sami habrá hecho un ruido o su víctima se percató de algo y en el momento de girar su pequeña cabecita para saber de dónde venía ese ruido, quizás era solo su intuición que le avisaba de su temible o desastroso futuro. Sami pegó un salto impulsándose con las patas de atrás como un conejo. Sin darle tiempo ni de abrir sus alas, agarró el pájaro con las uñas de las patas manchadas de sangre, y con otro rápido movimiento le clavó los colmillo que parecían más grandes de lo normal. Al morderle el cuerpo sus ojitos saltaron como chorritos de agua y de su boca salió como un especie de líquido amarillo mezclado con sangre. Creo que el pobre pájaro ni lo vio venir, ni

sufrió, todo fue muy rápido. También se lo tragó muy rápido, sólo dos mordiscos. No parecía Sami, ese gato parsimonioso como ese gato de la serie de televisión, había cambiado, hasta sus dientes no eran los mismos, eran más largos, y sus ojos, sus ojos eran de un color negro, y profundo, unos ojos que parecían no tener fondo, hasta las uñas las tenía más largas de lo normal y esa fue la razón de que al llamar el cartero patinara en el suelo, sus uñas eran demasiado largas y puntiagudas.

Al saltar para agarrar al pájaro casi se le cae por la ventana, pero quedó enganchado por su cadera y sus patas traseras a la pared. El resto del cuerpo con el pájaro en su boca, quedó suspendido en el aire. Al volver a la habitación casi usando el mismo impulso que usó para el salto, como un resorte, su presa ya estaba casi llegando a su estómago. Sólo al atragantarse una vez expulsó una pluma manchada de sangre, que se fue volando por la ventana como si fuera el alma que se dirigía al cielo de los pájaros. Se limpió dos veces con su pata la boca y su cara, quedándose como una estatua viendo algo por la ventana.

En la otra punta de la ciudad los nietos preguntaban por el abuelo Peter, y su padre Robert agarraba el teléfono para llamarlo por tercera vez. Roger era el más interesado en querer hablar con su abuelo y por qué no, preguntarle por Sami. Nicol era la que decía que al abuelo le había pasado algo. En la siesta después de comer Nicol había tenido un sueño y en ese sueño había visto a su abuelo todo rojo, como quemado por el sol. Al ver esto en su sueño Nicol se había despertado gritando y

pidiendo llamar al Abuelo. Roger secundó la moción. Nicol estaba diferente, parecía nerviosa y muy ansiosa. El teléfono sonaba pero Peter no contestaba y ya Robert se empezaba a preocupar, era la tercera vez que llamaba y obtenía el mismo tono una y otra vez sin tener respuesta. Pensaba que estaría exagerando, pero para quedarse tranquilo llamaría a la señora que iba a hacer la limpieza una vez por semana, y le pediría que se acercara para echar un vistazo. Ella iba los sábados y para el sábado faltaban varios días, sólo era martes. Al cortar la llamada quedó en ir al día siguiente ya que este día estaba cuidando a su nieto, pero no obstante lo llamaría más tarde, para confirmar su visita. Robert se quedó más tranquilo, le dio las gracias y colgó. Al colgar Roger casi lo tira al suelo dando un salto y colgándose del cuello de su padre. Los dos se tiraron en el sofá y entre risas y cosquillas se olvidaron un poco del abuelo, pero Nicol todavía tenía esa cara de sorpresa o de inquietud, el abuelo no estaba bien y ella lo sabía.

Después de la merienda con plumas Sami se echó una siesta, ya se sentía como en casa, y bueno, estaba en su casa. Sonó el teléfono y se sobresaltó. El teléfono sonaba pero nadie lo contestaba. Del otro lado estaba María, la señora de la limpieza. Era una señora de cincuenta largos. Peter nunca le había preguntado su edad, pero parecía más joven de lo que aparentaba, eso a veces hace el trabajo duro año tras año, pero era muy vital y cuando iba a la casa de Peter a limpiar, en un par de horas tenía el piso brillante. Bueno tanto trabajo no tenía, con Peter viviendo solo casi saliendo a comer todos los días, no

podía estar tan sucio, pero venía hacía ya mucho tiempo y los dos se sentían también acompañados. Hasta a veces al terminar su trabajo o entre habitación y habitación tomaban un café o té, y charlaban un poco comparando a sus nietos.

Peter no contestaba, pero como ella iba a ir al día siguiente no le dio importancia y colgó. Mientras tanto Peter estaba tirado en ese suelo marrón, que ya no era marrón sino de un color rojizo púrpura con moscas que cada vez llegaban más, como en una convención, y con su sonrisa macabra que parecía demostrar una mueca del más allá.

En la puerta de al lado vivían unos chicos jóvenes, recién casados, que casi no se veían con Peter, salían por la mañana y llegaban los dos al mismo tiempo por la tarde, casi después de las ocho. Ese día, al llegar y poner la llave en la cerradura, escucharon un ruido raro que venía de la casa de su vecino y más allá del ruido extraño, como un gruñido. Les pareció oler algo extraño, pero pensaron que su vecino estaba haciendo col y eso sí que olía mal. Sabían que Peter a veces cocinaba cosas sanas pero que olían mal, entonces no le dieron tanta importancia, sólo se miraron y dijeron: «nuestro vecino vuelve a cocinar col», hicieron un ademán de asco, y riéndose abrieron la puerta. Al entrar primero ella, como todo un caballero, y darle ella las gracias, él le tocó el culo y le dijo: ¡Adelante señora! Cerraron la puerta y dentro sólo se escuchaban risas. Lo que no sabían era que ese olor no era de col cocinándose en una olla en la cocina de Peter, era Peter mismo que con la ayuda del sol y su amigo Sami,

ya estaba entrando en estado de putrefacción. Las moscas también estaban haciendo estragos y depositando sus huevos que pronto se convertirían en larvas, esas larvas en gusanos y ya sabemos que hacen los gusanos.

Sami dormía en el sofá. Su aspecto era grotesco. Un colmillo le salía por un costado de la boca, y el pelo después de la zambullida en el wáter no era el mismo, aparte de mojado, estaba manchado de sangre y en algunas partes se le estaba empezando a caer, como si tuviera una especie de lepra. Despertó por un ruido, sólo abrió un ojo, ese ojo sin vida, que parecía una caverna sin fondo por lo negro que estaba. ¿Dónde habrían quedado los ojos de color miel, el pelo que parecía electrificado y ese aspecto de gato de una gran mansión de lujo? Había desaparecido, todo desapareció. Sami había desaparecido para dejar en su lugar a esa cosa, que sólo al mirarla daba miedo y repulsión a la vez. Ya era de noche, pero al estar en un quinto, las luces de las farolas del parque dejaban entrar un leve reflejo que permitía ver sombras y formas de objetos. Pero no vio una sombra, con su visión de gato no precisaba la leve luz que entraba por la ventana. Con su visión infrarroja distinguió que al lado de Peter había algo, algo que parecía que estaba masticando algo, ese algo era una pequeña rata que había entrado trepando por la tubería del desagüe que estaba pegada a la ventana de ese quinto piso, y tal vez por el hedor que ya emanaba, la atrajo desde el callejón que estaba atrás del piso. Le estaba comiendo o empezado a destrozarse el estómago para dejar a la vista los intestinos que ya empezaban a querer salir de su refugio. La rata

no estaba cansada como el pájaro y tenía otros sentidos mas alerta. La calle la hacía desconfiada y también rápida. Al ver a Sami de un salto se separó de Peter, haciendo que Sami metiera la cabeza en el agujero que había en el estomago de Peter, y sacarla llena de sangre ya medio coagulada. Tubo que sacudírsela un par de veces para poder tener de nuevo visión y tratar de encontrar a su enemiga antes que se escapara, pero no tuvo suerte, ya se había ido, y no podía saber a dónde. Pensó que la había asustado para no volver, pero después se daría cuenta que no la había asustado y volvería con una sorpresa para Sami. Se quedo al lado de Peter como cuidando su comida, mirando hacia la ventana abierta, donde a él, le miraba la luna como sabiendo que había hecho.

Al entrar los primeros rayos de sol, Sami y su color beige se había convertido en un color purpura negruzco que parecían crostas que le invadían todo su cuerpo, pero no eran crostas, era sangre seca y coagulada.

Eran las siete y media de la mañana, Sami se estaba tratando de limpiar su asqueroso cuerpo, pero le iba a costar mucho y creo sin llegar a nada. Miró a Peter y empezó a caminar hacia él, vio que desde el agujero que tenía en el estomago le estaban asomando parte de los intestinos, o eso parecía, estaban ya rajados y desde su interior se deslizaba una cosa pringosa y marrón. Sami se acercó abriendo la boca. Se notaba que sus dientes más allá de las manchas de sangre, tenían trozos de carne y se distinguían partes de plumas de su víctima anterior. Mordió

un trozo de intestino, y al tirar como una bomba explotó algo en el interior, manchando más lo que había tratado de limpiarse, haciéndolo retroceder con un salto. Si el panorama era malo, asqueroso y desagradable ahora lo era más. La potencia de la bomba de los gases del intestino de Peter hizo que hasta la puerta se manchara, dejándola como cuando se derrite una vela, llegando hasta el suelo, y empezando a formarse un pequeño charco de porquería que se dejaría ver del otro lado. Al tomar conciencia de lo que había pasado, Sami volvió a retomar lo que había empezado, con más cuidado, pensando que explotaría otra vez, pero no ocurrió. Comió hasta sacarse, el intestino no lo tocó, tiró, lo separó y encontró algo que le gustó más, comiéndoselo con desesperación. Era el hígado, comió casi la mitad, dejando la otra mitad todavía unida a su dueño.

El aviso que había dejado el cartero el otro día, estaba sirviendo de secante. Estaba casi todo del otro lado de la puerta, pero quedando una esquina visible del lado de afuera. La porquería que caía como lágrimas por la puerta hacia que el papel del aviso cada vez estuviera más mojado, hasta llegar a un punto que el papel no podía absorber más la porquería que ya se veía del lado del pasillo.

Al llegar a la puerta del quinto "C", después de recorrer el largo pasillo que dejaba al ascensor, se agachó tratando de recoger el papel del aviso, María, la señora que venía a limpiar. Al tratar de sacar el aviso, notó que el papel se rompía porque estaba mojado. Al acercárselo a la nariz y oler esa mancha que

quedaba en el papel, por acto reflejo tiró el pedazo de hoja amarilla al suelo y con una expresión de asco se limpió los dedos que habían tocado el papel en el pantalón. Miró la puerta y lo primero que hizo fue tocar el timbre y al no tener respuesta empezó a buscar en el bolso que llevaba las llaves. Claro, tenía una copia de seguridad. Mientras buscaba las llaves sin encontrarlas, intentó tener contestación tocando de nuevo el timbre, pero nadie le abrió, ni contestó a los golpes que daba en la puerta. De pronto se olió la mano de nuevo, pero no eran los dedos. Había un olor que parecía venir de la casa de Peter, un olor, un hedor repugnante. Golpeó la puerta más fuerte pronunciando el nombre de Peter, pero continuó sin tener respuesta. En ese momento tocó algo metálico en el bolso y al retirar la mano trajo entre sus dedos la llave que tenía un cartelito de plástico que contenía un papel que decía "5° C". Al querer meterla en la cerradura, se le resbaló de las manos y se cayó al suelo. Estaba nerviosa, se imaginaba lo peor, y con las pruebas y el olor que emanaba de la casa casi no podía agarrar las llaves. Intentó de nuevo insertar la llave en la cerradura, y este intento fue el bueno y pudo girar el pomo de la puerta. Cuando se abrió la puerta del olor casi le agarraron ganas de vomitar, y cuando vio a Peter tirado en el suelo con el estomago abierto, la sangre seca por todos lados y su cara, la cara sin labios o la mayor parte, con los dientes teniendo una expresión de un perro gruñendo, casi se desmayó. Al dar unos pasos para acercarse a Peter, por la porquería del suelo mezclada con sangre, se resbaló cayendo al lado de Peter.

Cuando se estaba patinando quiso agarrarse del pomo de la puerta, donde lo que hizo fue empujar la puerta y esta después de hacer tope, volvió por la inercia del empujón a cerrarse de nuevo. Se dobló el tobillo y al llegar primero al suelo con el brazo o mejor dicho la mano, la muñeca después de hacer un ruido seco, acompañado de un grito de dolor, se notó como se doblaba, saliendo por encima de la muñeca un pedazo de hueso ensangrentado. La muñeca la tenía rota y el tobillo dislocado. Al caer cerró los ojos, y al abrirlos vio lo que lo quería ver: a Peter desangrado, mutilado y por cierto bien muerto, emanando un olor que confirmaba que había sido hacía varios días. Lo primero que hizo fue vomitar, ya lo estaba posponiendo mucho y no era para menos. Miró hacia la puerta y la vio cerrada. Hizo un paneo a toda la casa y no vio nada, sólo la ventana abierta y sangre, sangre y porquería por todos lados. El olor, un olor que ya invadía todo el cuarto. Miró al rincón oscuro que había cerca del sillón algo le había llamado la atención, algo que parecía que se movía, fija la vista. Ese algo empezó a moverse y acercarse, al principio no se había dado cuenta, porque tampoco lo echaba en falta, era Sami, pero no era el mismo. No era el gato de angora con sus andares parsimoniosos, parecía un gato de vertedero, sucio, y mal oliente, y su pelo, su cara, no era el mismo. Un colmillo le salía fuera de su boca y tenía unos andares como si tuviera la pata rota, pero no la tenía. Y sus ojos, parecía que no tenía, no se veía el color miel que lo hacía más vistoso. Eran dos puntos negros, pero María se reflejaba en ellos y eso le hizo recorrer un escalofrío por toda la espalda. Sami se iba acercando y María cada vez notaba más el aspecto de gato mutante. De la

boca y de los bigotes parecía que le goteaba sangre. María quiso moverse pero el dolor la hizo desistir. Sami se acercaba cada vez más y la expresión de rabia se notaba más y más, venía agazapándose como con lo del pájaro, pero este pájaro no estaba distraído, ni cansado, aunque sí incapacitado para moverse. Sami sabía que esta presa era muy grande, pero estaba como poseído, y sin dejar de gruñir, dando esos pequeños pasos, se iba acercando. María por la desesperación y en parte por el dolor, empezó a gritar pidiendo auxilio, pero nadie acudió a su ayuda, ni acudiría. Los únicos vecinos que vivían cerca estaban trabajando y la casa estaba vacía, era temprano y hasta las ocho no llegaban, pero igual no iba a hacer necesario. Al terminar el primer grito de ayuda, como sabiendo que no tenía que gritar más, (sabía que no se lo podía permitir, sabía que si venía alguien algo malo pasaría), Sami se lanzó contra ella. María no tuvo tiempo de estirar la mano buena y Sami se tiró directo a la cara. Clavo sus uñas en los ojos. El primer reflejo de María fue tratar de separárselo de la cara, pero al estar enganchado con sus uñas no pudo. El dolor se hizo más intenso y sintió como la sangre ya empezaba a recorrer sus mejillas. Intentó gritar, pero notó que no le salía nada de las cuerdas vocales. Su boca estaba tapada y presionada con el cuerpo de Sami. Al intentar abrirla notó sus pelos y el hedor que le entraba en su boca. Aparte del hedor empezó a sentir un líquido que le empezaba a entrar en la boca, el líquido le quemaba las cuerdas vocales y al darse cuenta que era, al sentir el gusto desagradable, intentó cerrarla pero ya era tarde. La orina de Sami ya estaba entrando por su garganta y llegando al estómago, produciéndole una acidez que parecía que

el estomago se le prendía fuego. Le quemaba todo el estomago y al momento paso lo inevitable: su estomago no pudo resistir ese líquido asqueroso y sus papilas gustativas ya daban la señal de alarma, respondiendo el estomago, sacando todo lo que estaba en su interior. El vómito quería salir, pero el cuerpo de Sami lo impedía, haciendo que empezara a ahogarse con su propio vómito. Trataba con la mano buena de librarse a toda costa de Sami, hasta trató de hundirle las uñas en la espalda, como él lo estaba haciendo con sus ojos, y cada vez lo hacía más fuerte tratando de recoger las uñas para hacer más daño. La diferencia era que María no tenía uñas y las fuerzas la estaban abandonando, casi no podía respirar y el vómito que intentaba salir en cada arcada volvía a entrar generando otra arcada. María trataba de librarse de Sami, pero era inútil, las uñas bien clavadas en los ojos que de momento en momento hacían más presión, donde la sangre cada vez salía más a chorros, manchando tanto las mejillas que parecían coloretos que llegaban ya al cuello como tiñendo toda la camisa blanca ya de un color rojizo. Sami hundía las uñas cada vez más, hasta que en un momento María dejó de resistir, y su mano buena que intentaba agarrar a Sami lo único que hacía era hacerse más daño en los ojos. Cada vez que tiraba de Sami, parecía que más se agarraba y más sangre salía, hasta que dejó de tirar y de moverse, haciendo que su mano cayera al suelo con un mechón de pelo de Sami entre los dedos. Sami siguió unos minutos más, luego aflojó las uñas y después de unos movimientos para zafárselas de los ojos, pues estaban muy clavadas, se libró. Al sacarlas de las cuencas de los ojos un chorro de sangre le manchó

más las patas. Los ojos los tenía destrozados y después de limpiarse las patas y esas uñas llenas de sangre y de pedazos de carne blanquecina, se dirigió al sillón, se subió y como si nada se echó a dormir, estaba cansado.

A las ocho y cuarto, un rato antes de lo normal, llegó del trabajo Lili. Lili era la vecina de Peter, la novia de Stephen, la pareja que vivía en el 5°A. Había llegado antes del trabajo porque su jefe había sido padre y estaba tan contento que había mandado a todos a casa con un puro de regalo (Había sido una nena). Al llegar a casa y antes de abrir su puerta del 5°A, después de notar el olor que había notado el día anterior pero ahora era un poco más fuerte, vio que en la puerta del 5°C, o mejor en la cerradura, colgaba una llave con un pequeño llavero que rezaba: 5°C. Metió las llaves suyas en la cartera, y al mirar hacia abajo vio que debajo de la puerta asomaba una especie de líquido entre amarillo y rojizo. Parecía vómito mezclado con sangre, pero no era eso. Los restos del intestino de Peter con ayuda del calor se estaban deslizando debajo de la puerta, después de recorrerla como una especie de río, o mejor, una cascada. Tocó la puerta con dos dedos de la mano y empujó para ver si se abría, pero no lo hizo, estaba cerrada. Se acercó más y estando frente a la puerta podía percibir más el olor a putrefacción, giró la llave y no sé si fue por instinto o costumbre, la sacó de la cerradura. La puerta ya estaba abierta. Al abrirla despacio pronunciando el nombre de Peter, el hedor parecía que se escapaba por el rellano y sus fosas nasales ya se querían ir de vacaciones. Tubo que taparse con una mano la boca para no

vomitara. La puerta se abría cada vez más y ya empezaba a ver algo que le parecía extraño: un bulto que se transformaba en una pierna y la pierna se transformaba en un cuerpo sobre otro cuerpo, se veía una gran mancha roja alrededor y manchas amarillas y marrones por todos lados.

Al escuchar la puerta Sami ya estaba con las orejas en posición hacia la puerta, como sabiendo de donde venía. Saltó del sillón dejando una mancha amarillenta en el cuero del sofá, y se quedó escondido detrás de la montaña que hacían los cuerpos. Estaba agazapado esperando a que se abriera la puerta, viendo quién iba a aparecer. Al ver girar el pomo y la puerta empezar a abrirse, sus ojos cambiaron de forma, ya no eran los ojos negros como cavernas desiertas, eran rojos, rojo fuego y parecían arder con mucha virulencia. La puerta seguía abriéndose, dejando ver una sombra que se asomaba desde el rellano, la sombra era larga y estilizada. Al abrirse toda la puerta ya se notaba quién era: era Lili, su vecina. Tenía la boca tapada con una mano y en la otra llevaba una especie de llavero rojo. Al verla Sami saltó con un rápido movimiento por encima de la montaña donde lo mantenía oculto, haciendo dar dos pasos hacia atrás a Lili del susto. Lili se sorprendió al ver un gato gordo, todo sucio, con el pelo pegoteado de vaya a saber qué, y esos ojos, unos ojos que infundían terror. Tardó un momento para reconocer que era Sami, y al pronunciar su nombre preguntando si era él, Sami saltó sobre ella, con un sonido mezcla de aullido con gruñido. Lo único que pudo hacer Lili fue cruzar sus brazos, cubriéndose la cabeza y parte del cuerpo. Las

uñas de Sami se engancharon de sus brazos, y cuando sintió las uñas clavándose en los antebrazos y los dientes tratando de morderle la mano, con un rápido movimiento se giro y fue contra la pared, apretándolo entre la misma y su cuerpo, una y otra vez, hasta que después de la tercera investida con la pared se soltó, yéndose a refugiarse detrás del sofá. Después de tomar conciencia del ataque, se dio vuelta, mirando de nuevo a los cuerpos tirados en el suelo, pero en ese momento Sami saltó de nuevo encima de ella, pero ahora de la altura del sofá. Casi no lo vio venir, y eso le dio una ventaja a Sami, que con el mismo salto pero de mas altura pudo llegar hasta su cara y su cuello, donde con las uñas se enganchó del cuello y con un mordisco rápido le clavó los dientes en la garganta. Lili empezó a sangrar mucho, y no podía gritar, cada intento de grito era un chorro de sangre que le salía. Con todas sus fuerzas lo agarró con las dos manos, sintiendo su cuerpo pringoso y mal oliente, y tiró, tiró con todas sus fuerzas asiéndose daño en la garganta desprendiéndose un poco de piel, y arañándose el cuello con las uñas de Sami. Al lograr soltarlo teniéndolo agarrado con las manos, le vio la cara y esa cara no era la del gato que ella conocía, era la cara de un animal sangriento, un animal rabioso, un animal salvaje. Revoleó a Sami al otro lado del salón, cayendo y tumbando la silla después de chocar contra la pared, dejando una mancha oscura, y desapareciendo en la oscuridad que ya se hacía más evidente. Se tocó la garganta y al verse la mano, vio que estaba sangrando y mucho, dio media vuelta dirigiéndose a la puerta, pero sus piernas no le respondían, desapareciéndole las fuerzas y le pareció que se iba a desmayar. Estaba perdiendo mucha sangre,

las gotas del suelo lo demostraban. Quiso agarrarse del pomo de la puerta y de la sangre que tenía en la mano se patinó, perdiendo el equilibrio y llegando al suelo. Primero las rodillas y luego todo el cuerpo, pero gracias al codo no se golpeó la cabeza. Estando en el suelo escuchó un ruido y al girarse para mirar de donde procedía, Sami le saltó encima de nuevo. Pudo girarse y darle la espalda. Con las uñas se enganchó en el pelo y parte de la oreja. Lili pudo pararse, lo agarró de la cabeza y lo pasó por encima de la suya, llevándose parte de su cabellera, pero Sami salió volando por el pasillo. Aterrizó en las escaleras desapareciendo de nuevo. Lili retomó el equilibrio sabiendo que tenía que pedir ayuda. Estaba sangrando y el desmayo ya no tardaría en llegar. Caminó agarrándose del pasamanos de la escalera, echando un vistazo por si veía a Sami, queriendo volver al ataque, pero no lo vio. Sabía que otro ataque no lo resistiría, por eso tenía que huir para pedir ayuda. Al llegar a la escaleras miró hacia abajo. No vio nada, estaba oscuro y el gato, o en lo que se había transformado, no estaba. Estaba cerca del ascensor cuando un maullido la hizo mirar. Sabía con qué se encontraría. Se dio la vuelta para encontrarse con su peor pesadilla, pero ahora era diferente. Era Sami que ahora estaba sentado como los gatos normales, mirándola y maullando como llamándola. Ella lo miró, la vista ya le estaba jugando una mala pasada y se le estaba nublando, pestañeo una vez (ya no podía sostener los parpados abiertos), y al hacer un esfuerzo para abrirlos vio a Sami a su lado, casi pegado a ella. Dio un respingo sin saber que la escalera estaba muy cerca de ella a sólo un palmo de su pie. De pronto su pie no encontró el suelo, y menos el primer escalón. Cayó de

espalda por las escaleras oscuras. Primero se golpeó la espalda, seguida por la cabeza que rebotó en el borde del escalón, abriéndose una brecha. Lili ya no se movía, caía sin parar como un muñeco sin control, escuchándose romper huesos, llegando al rellano del cuarto piso con la pierna derecha cruzándole la cara. Ya no se movía y no lo volvería a hacer más. Sami se quedó mirándola un rato desde la planta de arriba, se limpió la cara con la pata dos veces, se paró y se fue, desapareció.

Sami estaba libre, fuera de su cárcel, y lo más razonable era huir, pero hizo lo contrario. Volvió al 5° C, se puso detrás de la puerta y empujó con su cabeza hasta cerrarla.

La noche estaba cada vez más cerca y las sombras cada vez invadían más el piso de Peter. Estaba cansado. La tarde había sido dura y estaba lastimado, cojeaba de una pata, seguro por la caída cuando había sido reboleado por la de la escalera. O por la de la silla dentro del piso, no lo sabía, pero estaba cansado. Aparte le faltaban más mechones de pelo, dejando ver una piel oscura con algunas heridas. Se echó en el suelo y como se tiró se quedó dormido. Estaba muy cansado, no llegaría al sofá.

En la playa Nicol y Roger estaban guardando los juguetes en su bolsa de playa y Robert los estaba ayudando. Robert sabía que al llegar a la casa debería llamar a María y desentrañar toda la angustia de esos días. Esa misma mañana había llamado de nuevo a su padre, y seguía sin obtener respuesta. Hasta que no llamara a María seguiría con la misma angustia. Al llegar a su casa, su esposa Carol después de abrir la puerta le hizo recordar

que llamara a su padre, porque ella también ya estaba intranquila. Nicol y Roger también querían saber algo del abuelo, y hasta que Robert no llamo a María no lo dejaron en paz. El teléfono llamaba y María no contestaba, y los nervios iban a más. Llamaron durante toda la noche y al no tener respuesta decidieron que si a la mañana siguiente no llamaba María, y al hacer otro intento sin respuesta, llamarían a la policía.

Se abrió el ascensor y de su interior salió Stephen, el otro inquilino del 5° A, el esposo de Lili. Le pareció extraño que no se hubiera encontrado con Lili en el ascensor o el portal. Casi llegaban a la misma hora, pero no le dio importancia. Bajó del ascensor y realizó la caminata hasta su puerta. Notó algo raro, algo no estaba bien, algo había cambiado y no sabía qué. Todo estaba más silencioso de lo normal, y el olor era cada vez más fuerte, ya estaba dudando de si su vecino estuviera haciendo col todos los días. Si eso seguía, mañana llamaría al casero, pero ahora entraría a su casa y mientras esperaba a su mujer se tomaría un café mirando un poco de tele. Los minutos pasaron, los minutos se convirtieron en horas, y eso no era normal. Si Lili tuviera que llegar tarde por algo lo habría llamado. Agarró el teléfono y marcó el número. Después de varios intentos saltó el contestador. Dejó un mensaje, y al cortar volvió a llamar obteniendo la misma respuesta, o más bien ninguna. Llamó a la policía, denunciando su desaparición, pero como no habían pasado las setenta y dos horas no pudieron dar curso a la denuncia. Le dijeron que tal vez había tenido problemas con el tráfico o que habría ido al supermercado a comprar algo, que en

resumen para hacer una denuncia de este tipo debía esperar las horas que exigía el protocolo de desaparecidos. Colgó y aunque lo nervios lo podían, decidió esperar un poco más, sino saldría a buscarla.

A mitad de la noche Sami se despertó con un ruido. Eran las tres de la mañana y todo estaba oscuro. Sólo la luz del parque de enfrente iluminaba a media luz el 5° C. De vez en cuando unas sombras paseaban por el salón cuando el viento movía los árboles o algún pájaro nocturno pasaba frente a la farola del parque. Pero esto no era una sombra, era su amiga la rata que había vuelto, con más hambre y más amigas. Cuando se movió Sami sus amigas se dieron vuelta mirándolo, pero no se movían de su lugar. Al dar unos pasos, Sami descubrió que no eran sólo tres, desde atrás de la cabeza de Peter asomaron tres más y de la pierna asomaron unas cuatro más. Aparte de en número lo superaban en peso, aunque no eran gordas como él eran lo bastantes grandes para enfrentarlo, y así lo hicieron. Sami se puso en posición erizando todo su pelo, lo que lo hacía parecer más grande y más intimidante, pero parecía que esto no afectaba a las ratas. Dejando de hacer lo que estaban haciendo y con pasos cortos se reunieron en posición de combate, todas en fila, haciendo dos baterías. Las que estaban atrás parecían las más gordas y las de adelante parecían más asesinas y decididas. Sami sabía que eso terminaría en pelea, lo que no sabía que iba a pasar y quien saldría con menos lastimaduras. Sami fue el que empezó con un salto que lo puso en el pecho de Peter, pasando por encima de las columnas de ratas, que aunque saltaron

mordisqueando al aire no lo pudieron coger. Como estaba en un ángulo superior tenía ventaja y la aprovechó, se echó encima de unas tres ratas casi pisoteándolas. A otra le agarró la cabeza con los dientes y la lanzó afuera del piso por la ventana abierta. Dos que estaban detrás de él lo mordieron, haciendo que Sami saltara de dolor, mientras otra le mordía en la panza. Tenía una en el lomo que le estaba mordiendo el cuello y no se la podía sacudir. Mientras pisaba a otra, le mordió la cabeza, reventándosela, tirando chorros de sangre por todos lados. Una menos. A otra la agarró por la cola y después de hacerla volar por los aires, la hizo caer en su boca, mordéndola con tanta fuerza que por la boca le salieron las tripas. Tenía otra mordéndole la pata. A esa le clavó los dientes en los ojos, haciendo que lo soltara y escapándose. La que tenía en el lomo se la apartó girando y saltando, aplastándola. La que tenía mordéndole la panza, la agarró con los dientes por el cuerpo y con las patas traseras empezó a darle golpes hasta que la partió en dos. La que no vio fue a la que se tiró de arriba de María, teniendo tan mala suerte que al mirar que venía le dejó la nariz descubierta, dando lugar que con la pequeña boca le mordiera, tirara y le arrancara un pedazo. Sami la agarró con las patas de adelante, con las uñas la enganchó del cuerpo, y tiró con tanta fuerza que se escucharon como se rompían los huesos del pequeño mamífero. La rata quedó tirada en el suelo retorciéndose de dolor. Después de unos incesantes minutos todo había terminado, y las pocas ratas que quedaban con vida se fueron por donde habían venido. Algunas con mordiscones pero vivas. Sami estaba herido, y lo peor era la nariz, que había perdido un pedazo y estaba sangrando. Las

otras heridas aunque eran muchas y escocían no eran tan importantes como la de la nariz. Sólo quería descansar y esperar que esa noche no tuviera otra batallita de estas, no resistiría. Esa noche no paso más nada y Sami durmió hasta casi las once de la mañana.

El que se despertó con un sobresalto fue Stephen. Se había quedado dormido en el sofá y al darse cuenta no lo podía creer. Se había quedado dormido y lo primero que izo fue gritar su nombre. ¡Lili! Y Lili no respondió. Se levantó del sillón para recorrer el piso buscando a alguien que no encontraría, por lo menos en ese piso. Agarró el teléfono y llamó a la policía de nuevo, diciéndole que su esposa no había venido y que ella no era así, que algo le había pasado. El agente de policía que estaba del otro lado del teléfono le explico el protocolo de debían seguir con personas desaparecidas, y le dijo mandaría un agente para que tomara algunos datos y le hiciera haga un par de preguntas. Stephen cortó el teléfono y se fue a sentar a la silla que había en la cocina, lugar donde no pudo aguantar mucho. Volvió a llamar a Lili y como era obvio saltó el contestador.

El que cogía el teléfono para hablar era también Robert, que llamaba a María, pensando que se había olvidado y al estar todo bien no le había dado importancia de llamarlo de nuevo. Pero no era así, ella tampoco atendía al teléfono, saltando el contestador. Decidió llamar a la policía y tratar de contarle el motivo sin que pareciera nervioso. La policía le atendió amablemente, explicándole que iría a la casa de su padre, y que también

comprobarían el paradero de la señora María. Lo llamarían al terminar la operación. Robert dio las gracias y colgó. La que estaba nerviosa era Nicol. Le había dicho a su madre que había tenido un sueño, donde el abuelo ponía a Sami en una jaula, sus manos las tenía todas rojas y sus manos las tenía goteando. Le preguntó a su madre porque encerraba a Sami, si era un gato bueno. La madre, Carol, le dijo que sólo había sido un sueño y nada más. Sólo un sueño. Sami también estaba soñando, pero su sueño era diferente. Estaba con su dueño Peter, pero no en la casa, era un parque o algo parecido. Estaba comiendo en su plato habitual, pero en un momento Peter lo agarró de ese exceso de piel que tienen los gatos en el lomo cerca del cuello, donde las madres los agarran para trasladarlos de un lugar a otro. Lo agarró, lo levanto a la altura del pecho, lo miró fijamente y sacó un cuchillo, de esos de cocinero, de los más grandes y filosos. Se lo clavó desde la garganta, cortándolo hasta la entre pierna o hasta las pelotas, haciendo que todos sus órganos cayeran al suelo. Después de ese sueño se despertó, entrando en la realidad que estaba viviendo, donde en el medio del salón estaba su dueño destripado, mutilado y mordido por las ratas, pudriéndose, y su amiga María a su lado como escuchando su corazón. Pero el corazón no le latía a ninguno de los dos.

La policía después de recibir la denuncia de Robert, se dio cuenta que esa mañana había sido ya la segunda denuncia que pertenecía al mismo domicilio o el mismo departamento, la misma dirección y el mismo piso. Eso no podía ser una coincidencia, Decidieron pasar por alto el protocolo y dar un

vistazo. No costaba nada y podía quedar todo zanjado, o eso pensaban. Al estar a la puerta del bloque, primero tocaron en el 5° C, sin tener respuesta. Tocarón en el 5° A, en donde los atendieron dejándolos pasar. Eran dos policías uniformados. Uno llevaba un papel en la mano que sería la denuncia para firmar, pensando que sólo sería una falsa alarma. Pero al entrar y cerrar la puerta sintieron un olor extraño, aunque no le dieron tanta importancia. Subieron al ascensor y tocaron el botón del 5°. Comentaron que iban a matar dos pájaros de un tiro (o iban a encontrar dos pájaros por uno, o serían tres). Al llegar al 5°, y bajando del ascensor, ya el olor se hacía más nítido, y el olor de la putrefacción lo conocían bien. Empezaron a mirar para todos lados. Al llegar a la puerta del 5° A, se abrió saliendo Stephen con cara de desesperación, dándoles las gracias por haber venido. Los invitó a pasar y uno de los policías le dijo a su compañero que iba a dar una vuelta a ver lo que encontraba. Se miraron entre sí diciendo todo. Stephen le contó al policía que se quedo con él que desde ayer no veía a su mujer, que ella no era así, que no dejaría de llamarlo si le pasaría algo, que la estaba llamado al móvil, y la saltaba el contestador. Le pidió el policía que llamara de nuevo. Al agarrar el móvil vio que tenía poca batería y después de enchufarlo al cargador marcó el número de Lili, y se lo pasó al policía para que escuchara cuando saltaba el contestador, pero el contestador no salto. Stephen se sorprendió cuando el policía dijo: HOLA... Abrió los ojos como platos y le preguntó: ¿Está bien? ¿Dónde está? El policía dijo: ¿DÓNDE? YA VOY. Y colgó. Le dio el teléfono a Stephen diciéndole que se quedara en el piso. Stephen le preguntó qué pasaba y dónde

estaba Lili. El policía le volvió a repetir que se quedara en el piso, que ya pronto le dirían algo. Se dirigió a la puerta, se giró mirándolo fijamente y le dijo: QUEDESE AQUÍ Y NO SALGA, y salió casi cerrándole la puerta en la cara. Caminó por el pasillo directo a las escaleras, las escaleras que daban al cuarto, pero antes del cuarto estaba el rellano, rellano donde estaba el otro policía con un móvil en la mano mirando fijamente a la persona que estaba allí. Era Lili, y estaba muerta. Los dos policías se sorprendieron cuando escucharon un grito, se giraron, y vieron a Stephen en la parte alta de la escalera, mirando y agarrándose la cabeza. Stephen gritó: NO... Lili, NO. El policía que estaba más cerca de él lo agarró llevandoselo de nuevo al piso. El otro policía llamó a una ambulancia, y refuerzos. La cosa no terminaba allí, había encontrado en la mano de la chica unas llaves que no correspondían a donde vivía. Eran de la otra dirección de donde también tenían una denuncia. No podía ser coincidencia, era por lo menos raro y sospechoso. Al llegar la ambulancia se llevaron el cuerpo de Lili. Lo más sorprendente eran todas las heridas que le habían encontrado, no eran heridas de haberse caído por las escaleras, y las llaves que le encontraron eran del 5° C. Al llegar los refuerzos y una psicóloga para que hablara con Stephen, decidieron entrar al 5° C. Frente a la puerta ya sentían el hedor que venía del piso. Sabiendo que eso no iba a terminar bien y que iba a ser muy desagradable, no calcularon que se iban a encontrar con algunas sorpresas más. Golpearon, anunciándose, sin tener respuesta. El policía que estaba a la derecha de la puerta tenía la llave que tenía la chica del rellano. La puso en el cerrojo y giró. Al abrir la puerta el hedor los

invadió como si les hubiera pegado con un bate de beisbol, teniendo que taparse la boca y la nariz. El primer policía, el que abrió la puerta, tal vez por ser el primero al recibir esa oleada de putrefacción, tuvo que alejarse para vomitar. El segundo policía abrió la puerta ya sin identificarse, sabía que nadie le iba a contestar, y así era: nadie le contestaría. Al terminar de abrir la puerta y viendo la escena grotesca que estaba representada en el salón no lo podía creer. Aunque estaba acostumbrado a ver este tipo de cosas, esta era diferente con un gran margen de terror y repulsión. Dio un paso dentro del salón pero tuvo que volver a salir y cerrar la puerta lo más rápido posible. Escuchó un golpe contra la puerta cuando Sami se tiró contra ella. El policía llegó a ver al gato saltando, apareciendo de la nada. Casi le hace tener un ataque de corazón. Todo pasó muy rápido. Parecía un gato, pero era grande, oscuro y parecía que estaba lastimado. Tenían que entrar a ver el escenario del crimen pero había un problema: el gato parecía rabioso. Decidieron entrar de nuevo, pero antes de entrar decidieron desenfundar sus pistolas, y si las tenían que usar las usarían contra el minino. Se acomodaron los dos policías en la puerta, y al abrirla, después del hedor que casi les hace cerrar los ojos, no había nadie, solo los huéspedes que estaban recostados en el suelo. Miraron a todos lados y al mirar a lo alto del sillón, estaba ahí, sentado como un gato normal. Pero no era un gato normal, parecía un gato deforme, estaba sangrando. Estaban los dos policías mirándolo fijo, pero cuando quiso entrar una tercera persona, el gato saltó encima de un policía. Al estar distraído por el ruido externo no se dio cuenta y ya lo tenía encima mordiéndole el cuello. El policía era fuerte, lo agarró de

la cabeza metiéndole los dedos en la boca para que la abriera y así le soltara. Cuando lo soltó, lo revoleó contra la pared, haciendo que se golpeará tan fuerte que saltó un trozo de yeso. Cuando el gato estaba en el suelo aturdido le apuntó y tiró. Falló y el gato saltó por la ventana abierta. Sí, eran cinco pisos hasta el asfalto y pensaron: si no lo matamos la caída lo hará. Se apresuraron para ver el gato espachurrado en el suelo, pero lo que vieron fue un gato corriendo medio cojo dirigiéndose al parque, desapareciendo en los arbustos.

La escena en el salón era nunca vista. Entre las mutilaciones, los gusanos y el hedor, era imposible trabajar, y eso que la ventana estaba abierta, porque de lo contrario no se hubiera podido ni entrar en la habitación. María no habría sufrido tantas mutilaciones, pero de Peter no se podía decir lo mismo. Al notificarle el desastre al hijo, este decidió volver de sus vacaciones. En vez de velatorio solo se hizo un recordatorio antes de la cremación. Las cenizas las tiraron en el lugar que más le gustaba a Peter: en el río de la cabaña donde le había pedido la mano a su esposa, en el mismo lugar donde años antes habían esparcido las cenizas de ella.

Trataron de buscar al gato, más que nada por si estaba rabioso y para que no causara más problemas. Podía morder a cualquiera y eso no era bueno. Lo buscaron todo el día y parte de la noche sin tener éxito. Al llegar la noche decidieron dejar de buscar, pensaron que ya estaría muerto sin poder causar más problemas, pero no iba a ser así.

Según el forense las heridas de los cadáveres habían sido hechas por un animal grande, con colmillos y uñas bastantes fuertes, y dudaba de que un gato pudiera haber hecho hacer semejante daño, aunque no lo descartaba. Habían encontrado entre las heridas pelo, pelo de gato de angora. En las ratas o en pedazos que encontraron de ellas, descubrieron que sí tenían rabia, y el animal que las hubiera matado era seguro que contraería la enfermedad. Si estaba vivo tendrían que encontrarlo porque cada vez sería más violento hasta que por la propia enfermedad muriera. A la mañana siguiente, haciendo otra recorrida por el parque, encontraron a un gato muerto. Pensando que era el causante de los homicidios, y pareciéndose a la descripción que les habían dado, dieron el caso por cerrado y a salvo del gato asesino. Descubrieron más tarde que el gato en cuestión no era Sami, que sólo era un gato perdido con las mismas características de Sami que había tenido un encuentro desafortunado con un perro. Sami seguía vivo o eso parecía, más tarde confirmarían esa afirmación. En la casa de Roger y Nicol reinaba la tristeza, y después de una semana de la tragedia no podían pensar en otra cosa. Roger se preguntaba porque no habían encontrado a Sami. Sus padres sabiendo o imaginándose el final de Sami, no podían decir más de que se había escapado, sin saber por dónde andaría. Roger decía que lo quería ir a buscar porque lo extrañaba, pero Nicol no decía nada, sólo decía que no sabía por qué, pero Sami le daba miedo, que no era el mismo, que ahora era malo y comía pájaros muertos. Sus padres le preguntaron porque decía esto, y ella les respondió que lo había visto en un sueño que tuvo, y que en el mismo sueño el

abuelo le decía que se alejara de él y que no lo dejara entrar a casa. Robert le dijo después de abrazarla, que Sami no aparecería más, que estaba perdido y que el abuelo la cuidaría para que no le pasara nada. Nicol se largó a llorar, abrazándolo. Casi le deja marcas en el cuello. Esa noche hacía calor, una brisa de verano entraba por la ventana de la habitación de los chicos. Cada uno tenía su habitación, pero después de lo que le había pasado al abuelo, tenían miedo y habían decidido dormir juntos para que el abuelo cuidara de los dos (Eso les había dicho el padre en una noche que no podían dormir por tantas pesadillas que tenían). Esa noche Nicol soñó con su abuelo. Su abuelo le acariciaba la cabeza y su largo pelo rubio y le decía:, ten cuidado con Sami, no lo dejes entrar en casa. De pronto al mirar por la ventana, veía a Sami con una rata en la boca. La rata era inmensa, la cola le llegaba casi al suelo, todavía estaba vivía porque se escuchaba como chillaba, pero no se podía soltar de los dientes y la boca de Sami. En eso miró a la niña y apretó los dientes, exprimiendo a la rata como una naranja, dejando que le saliera toda la sangre hasta que no se movió más. La escupió, la dejó en el suelo, y empezó a correr hacia donde estaban los dos sentados. Al faltar unos metros se agazapó y salto para morderlos, abriendo la boca y mostrando los dientes. En ese momento Nicol se despertó de un sobresalto. Estaba traspirada y al mirar por la ventana abierta vio una sombra. Al refregarse los ojos la sombra se transformó en un gato, un gato que estaba en la ventana del primer piso de la casa, sentado, mirándola. Era Sami, pero no era el gato que ella conocía, estaba sucio y el pelo lo tenía todo pegoteado, y de la nariz le salía un especie de jugo amarillo verdoso que aunque se

limpiara parecía que era inútil. Aún así lo reconocía, era Sami, el gato que le habían regalado al abuelo. Trato de llamar a su hermano Roger que estaba en la cama de al lado. Cuando lo llamó por segunda vez levantando un poco más la voz, Sami dejó de limpiarse, se agazapó, movió su cadera de un lado a otro y se lanzó hacia ella. Nicol gritó lo más fuerte que pudo.

Pero nadie la escuchó...